



La danza de la muerte



SON escenas que hemos visto antes, incluso en el cine. En la secuencia final de *«El Séptimo Sello»*, la inolvidable película de Bergman —gracias, Balbín, por «La clave» de hoy—, la Muerte marca el paso en la postrera *Danza Macabra*, con las siluetas de los pobres mortales recortándose en perfil a lo lejos, sobre una duna, enlazadas unas a otras, trágica tifa que sigue, a su pesar, el camino que marca la guadaña de la *Silenciosa Amiga*, la *Última Compañera*. La medieval *Danza de la Muerte* no corresponde sólo a una época, sino que es trágica, siniestra constante histórica que llega hasta nuestros días. Y no es el cine, sino las imágenes en blanco y negro o color de la televisión o las fotografías de Prensa las que, cortejo de horror, símbolo de la impotencia del ser humano frente al Destino, la hacen desfilar ante nosotros en todo su crudo realismo.

TODOS se igualan ante Ella: los débiles y los vigorosos, las mujeres y los niños, los jóvenes y los ancianos, los guerreros, los caballeros, los mendigos... Enlazados unos a otros siguen, arrastrados por la guadaña, el paso de la *Danza Macabra*. El *Jinete de la Muerte*, roto el *Séptimo Sello*, cabalga sobre la osamenta de su negro corcel, blandiendo la espada, entre las ruinas y los campos humeantes del Líbano, en un siniestro decorado de incendios y espanto. Ellos caminan arrastrados por el puño ciego de la tragedia humana, desde un pasado calcinado por las bombas y la metralla, a través de un presente de horror, hacia un futuro que no existe. Y danzan, malditos de la tierra, arrastrando los pies hacia las tumbas abiertas que los aguardan, dispuestas a cerrarse sobre ellos cuando cese la música.

EN diez siglos, lo único que ha cambiado es la guadaña. Ahora es de acero inoxidable, forjada con vistas a la exportación por una sociedad multinacional yanqui, con riguroso control de calidad y eficaz servicio posventa. En 1982, la ira de Dios la manejan las computadoras.

Arturo Pérez REVERTE

